

¡SIEMPRE CAMINOS..!

Un viento líquido me bulle en los caminos
con un evaporarse reventando
y me pone los pies sobre las nubes
y en alas de avión me anda las manos.

Un palabreo sin ruido me adormece
con cuentos sin perfil, ensortijados
en boda desigual, divinamente
con la sal de mi sal divinizados.

Un giro me columpia por las crestas
de una mar sonrosada y sin naufragio
y tengo de bolina el aparejo
y el cordaje en guitarra, destrenzado.

Así estoy en camino por la aurora,
con un cantar perdido entre los pájaros
y un nido de oropéndola en el pecho
con la cría desnuda entre las manos.

Así voy tras la guerra, sin mastines,
tronando mi fusil descompasado
con metralla de labios en las sienes
y en un gozo perpetuo agonizando.

Así torno otra vez cada momento,
hecho lámpara azul todo mi barro;
así estoy en camino, eternamente
con un verso prendido a flor de labios.

JOSE CANAL

«IDENTIFICACIONES»

«Cuando hablaba en el Tribunal Supremo o en el Consejo de Estado, a las primeras palabras quedaban como en suspenso los Magistrados, y don Carlos Bonet, fiscal del Supremo, me decía: «¿Qué demonios tienes, que esta gente, que ya está empachada de informes, cuando tú hablas parecen unos memos oyéndote?».

(Carta de «Antonio Azorín» a Pascual Verdú).



El párrafo de una misiva de Antonio Azorín, me hace preguntar:—Pascual Verdú,... Pascual Verdú...

Revuelvo en mis recuerdos después de repetida lectura de la dicha carta, con la que acabo de encentar la carta dicha, y no caigo... no caigo... Pascual Verdú... Pascual Verdú... ¿No será Ramón? Sí; a Ramón Verdú—a don Ramón Verdú—fraternal amigo de mi padre, le conocí y, era yo un niño, pero le conocí y le traté mucho. Don Ramón Verdú ¿era de Carlet? ¿De Chiva? ¿De Requena?... Sí; tal vez fuese de Requena. Mi padre (Marcial González de la Fuente) fué Diputado varias veces por todos los distritos nombrados. Mi padre, (Marcial González de la Fuente) fué repetidas veces representante en Cortes de tales distritos. Hasta que, hastiado de la política, se reintegró a la Carrera Judicial.

A don Carlos Bonet, el Fiscal del Tribunal Supremo, tan benévolo con nuestro amigo Azorín, y si es el que yo presumo, (1) sí le conocí y mucho. Don Carlos Bonet y Barberá estaba casado con la bella Társila, la mujer más guapa de Orihuela. Társila era hermana de don Marcial. Don Carlos, por tanto, era mi tío carnal por razón de su matrimonio.

Mi tío Carlos Bonet, era un pedazo de pan bueno. Grueso, guapetón, de inexpressiva fisonomía, era un hombre, dicho queda por su amigo Azorín, de extraordinarios méritos jurídicos que falleció en Sevilla siendo Presidente de la Audiencia Territorial, repentinamente, en el momento en que estaba trufando un pavo. Su gran pasión era la glotonería, los embutidos, la chacina. Como buen valenciano guiaba como un experto. Como buen valenciano se hacía él mismo la compra. En cierta ocasión, siendo Relator del Tribunal Supremo, volvía, por Pascuas, a su casa bien cubierto por su pañosa de tore-

(1) El mismo Azorín habla de otro Carlos Bonet en «Al margen de los clásicos».

ra, pero con su sombrero de copa Eso, sí. Llevaba los brazos llenos de embutidos recién comprados en la carnicería del «Ché», un cojo valenciano establecido en la Plaza del Celenque, y una esportilla en la mano con carga similar. Con tal impedimento intentó subir a un tranvía en la Puerta del Sol, ¡Oh, entrañable Madrid de los tranvías de mulas! Y, resbalando, sembró los guijarros de la plaza (en el asfalto entonces, ni pensar) de suculentos «butifarrones de seba», transparentes «Blanquets» y esbeltas «llonganices de la Marina».

Murió como había vivido: bien comido y en olor de santidad. Y digo esto, porque en sus horas de ocio, los contados ratos en que no estaba como se decía entonces, cuando aún se usaban bigotes, «moviendo el bigote»—un bigote el suyo de un rubio colorado—se los pasaba de Iglesia en Iglesia cantando sus liturgias o tocando el violín.

* * *

Una hija de este matrimonio, Carlota, casó con mi hermano. hoy difunto, Abogado del Ilustre Colegio de Madrid, Secretario Judicial, Vicepresidente de la Diputación Provincial de Madrid y Concejal del Ayuntamiento de las Cortes, en tiempos del memorable militar don Miguel Primo de Rivera. Y en el mismo régimen, poco después, Gobernador Civil de Huesca, primero; de Avila, después. Cuando mi hermano se casó con mi prima, que vivía con su madre y una hermana, desde que vinieron de Sevilla, en un pisito de la calle de Fernández de la Hoz, se fué a vivir con ellas.

Paco—mi hermano—prosperaba y se abría camino.

Además, en la vivienda contigua, habitaba otro matrimonio joven, que, como ellos, estaban en compañía de la madre y una hermana de la esposa. Trabaron muy buena amistad. Ella, una señora alemana. El era, y lo es, pues aún vive por la voluntad de Dios: un funcionario de la interpretación de lenguas del Ministerio de Estado. Se llamaba, se llama y demos una vez más por ello al Señor las gracias, Julio Casares, culto, escritor notable, autor de un diccionario y coautor de los mejores que han visto la luz. Y un violinista magnífico. La vida le ha hecho la justicia que se merece y es hoy una legítima gloria nacional. Reposaba sus descansos en un lindo hotelito de la Ciudad. Y allí iba a desprenderse de sus amarguras un insigne escritor catalán, alto pero flojo de figura y apostura, estridente en la defensa de sus opiniones; llevaba una larga barba; gustaba de dejarse crecer el pelo en los aladares; escribía grandes misivas; ojos de mirada retadora e inteligente; escasa nariz. Recientemente se ha borrado su figura de nuestro panorama literario.

Que Dios Nuestro Señor haya sido benévolo con el alma de don Luis Ruiz Contreras.

* * *

Por ser don Luis amigo de don Julio, lo fué de mi hermano y lo fué mio. Frecuentó asiduamente nuestra morada; y era seguro se

sentase en nuestra mesa todos los domingos por la noche, todos los días de fiesta, todas las fechas de nuestras privadas celebraciones.

Fué el día—el del primer aniversario de la boda de mi hermano,—en que celebrábamos la efemérides, con abundancia y regocijo. Profusión de licores y golosinas como remate de una cena pantagruélica. Con nosotros, los de casa, se sentaba Ruiz Contreras con su proverbial casquete. Y cuando íbamos a meter las cucharas en el empeinado consomé, un timbrazo sostenido, apremiante, escalofriante, dramático, nos puso en pie. Salimos desolados hasta la puerta de la escalera y nada más abrirla, don Marcial que cae como muerto en brazos de su nuera, despeinado su fino y escaso cabello de plata, amoratado, jadeante, la boca entreabierta, fuera de las órbitas sus ojos claros.

Era la angina de pecho. Pasó el peligro.

Pero ya nuestra fiesta no pudo ser nuestra fiesta.

* * *

Desde entonces, trabé amistad con Ruiz Contreras. Era yo de la edad de su difunto hijo. Sólo esta circunstancia era motivo suficiente para reforzar este conocimiento. Fui su colaborador. Y el haber «sentado plaza» en la Administración Local, me separó, materialmente, de su persona. Serví cargos burocráticos en la provincia de Cáceres y en la de Badajoz. En una carta suya, con fecha 12—Abril—47: dice así, en el encabezamiento: «Don José López Prudencio y don Rafael González Castell, cuentan entre mis mejores amigos». Murió don Luis. Murió don José.

Quedo en pie, provisionalmente, cuadrado como un recluta, esperando que el Señor al pasar lista, diga: Rafael González Castell. Para contestar: ¡Presente!

RAFAEL GONZALEZ CASTELL

PARA suscribirse a «ALCÁNTARA»

basta con llamar los días laborables al teléfono
n.º 1584, desde las diez a las trece y media horas.